

La visión de los salvados

Los retablos de la revolución y la guerra cristera

Patricia Arias
Jorge Durand

I

A mediados de 1988 empezó a aparecer entre los anticuarios del occidente del país una inusitada cantidad de retablos a la Virgen de San Juan de los Lagos. La fuente de esos ex-votos eran unos "chachareros" que, según su versión, los habían recogido en un rancho de los Altos de Jalisco donde habían sido abandonados.

Los cerca de dos mil retablos allí reunidos permitían ver en conjunto esa expresión popular donde la desgracia y felicidad íntimas se combinan con el propósito de que se conozca lo más ampliamente posible: en el retablo se procura de manera explícita la identificación del creyente como persona, como sufriente, como agradecido. Es un testimonio de lo más privado y, al mismo tiempo, de lo más público.

Pero esos ex-votos a la Virgen de San Juan no eran sólo un prontuario de más de dos mil tristezas y alegrías individuales. Sin duda, la vieja y europea tradición de dar gracias en forma gráfica fue enriquecida en México con descripciones precisas y prolongadas del momento y el contexto del milagro de la imagen venerada.¹

Esa característica del retablo mexicano es la que ha hecho posible que esas pequeñas láminas de metal cuenten también otra historia. Las imágenes de veneración popular han sido en verdad testigos de todas las penurias y

alegrías de un pueblo; las certidumbres e incertidumbres de la vida regional han dejado en los retablos la huella de su asombro, la expresión de su miedo, los motivos de su alegría. Así, en su reiteración de eventos y momentos, en sus detalladas descripciones, los retablos descubren y describen casi todos los aspectos de las trayectorias económica, social y política de la amplia región occidental del país a lo largo de más de un siglo por lo menos.

Los retablos son también un testimonio de la trayectoria de la expresión gráfica de un pueblo; para Diego Rivera, la tradición pictórica mexicana más auténticamente popular. Como se sabe, los pintores de pueblo, buenos y malos, expertos y aprendices, de tiempo completo y aficionados, han tenido siempre que aceptar la confección de ex-votos que vecinos, parientes, amigos y clientes les han encargado, con urgencia o paciencia, para poder acudir ese año a cumplirle la manda a la imagen que les hizo el milagro. También existe, por supuesto, el retablo hecho por el mismo devoto, pero en general se ha preferido recurrir a los que saben algo de pintura (Durand y Massey, 1990).

Como quiera, el estudio de los retablos es parcial en muchos sentidos. Los santuarios regionales más importantes —las Vírgenes de San Juan de los Lagos, Talpa, Zapopan, el Señor de la Misericordia, el Señor de Villaseca, Cristo Rey— y las colecciones privadas, pre-

sentan una gran heterogeneidad en cuanto a la cantidad y el cuidado de los retablos de tal modo que hay grandes diferencias en el número y calidad de las láminas, en los periodos de tiempo que abarcan.

De cualquier modo, una primera revisión permite empezar a reconstruir un panorama que en lo temporal incluye desde mediados del siglo diecinueve hasta la actualidad y en lo geográfico abarca desde San Luis Potosí hasta Michoacán, pasando por Aguascalientes, Guanajuato, Jalisco, Zacatecas. El territorio occidental es simultáneamente el ámbito de las devociones y el escenario de los acontecimientos.

Una de las múltiples microhistorias que guardan los retablos es sin duda la de los movimientos sociales y la violencia, sobre todo rural, que se vivió en la región desde el siglo pasado. Allí, en los retablos quedó plasmada la microhistoria y la cronología del avance de la revolución, el impacto de la cristiada, las imágenes de sus protagonistas, los problemas y situaciones que se suscitaron en las vidas particulares y de las comunidades, los efectos sociales y económicos que acarrearón esos movimientos en distintas sociedades micro-regionales eminentemente rurales y rancheras, tradicionalmente religiosas y en ese momento severamente empobrecidas.

De todos modos, ésta es sólo la historia de los salvados, los que de algún modo sobrevivieron a los acontecimientos que les tocó vivir sin saber que eran testigos y de algún modo protagonistas de algunos de los acontecimientos políticos más determinantes de la vida regional y nacional.

II

Cuando comenzaron a llegar los rumores y las primeras acciones de la revolución de 1910, las gentes del occidente seguramente recordaron aquel periodo de mediados del siglo XIX, sobre todo la década de 1850-1860, cuando liberales y conservadores libraron algunas de sus mejo-

res batallas en la región. Con la nueva revolución se iniciaba otro prolongado periodo de incertidumbre y desasosiego: durante tres largas décadas la vida rural regional se vio otra vez afectada por las luchas armadas y sus secuelas.

A los ex-votos tradicionales y persistentes de acción de gracias por los padecimientos y la recuperación de múltiples enfermedades y accidentes y por el bienestar económico de esa sociedad ranchera expresado en la vida y reproducción de los animales y el éxito de las cosechas, iban a empezar a sumarse los que hablaban de las tribulaciones de la guerra y las alegrías de la salvación.

Algunas situaciones iban a repetirse, otras iban a resultar inéditas. En general, volvió a hacerse cotidiano el ambiente donde coexistían y proliferaban tres tipos de violencia: la personal, individualizada en algún vecino o contrincante, que al amparo del caos tendió a recrudecerse; la que provenía del contexto social de inestabilidad donde abundaban y campeaban diversas especies de bandidos, salteadores y secuestradores y, finalmente, la que ejercía el estado, personificada en el ejército, en generales y coroneles que se reconocían en diferentes facciones políticas. Modalidades de violencia que se entremezclaban hasta hacerse endémicas en el medio rural.

Un problema que durante la revolución volvió a aflorar con fuerza fue la leva de hombres, sobre todo jóvenes, para el ejército o para las gavillas que actuaban amparadas en alguna facción política. Ser incorporado a la "cuernada" era una desgracia siempre dramática en la vida de la gente del campo.

Los retablos de ambas épocas dan cuenta de la angustia que causaba la salida de los hijos, la ausencia del esposo, la carencia de noticias, a veces por años, en situaciones en que era muy fácil perder la vida y que en su tierra ni se enteraran. En algunos casos, la leva resultaba además tremendamente injusta y arbitraria, como cuando se llevaban a personas de edad, a veces muy viejitos, o cuando la amenaza de la leva servía en verdad para extorsionar a las familias que tenían que ofrecer rescates en

dinero o especie para evitarlo, lo cual no era sólo oneroso sino verdaderamente desastroso en las condiciones económicas imperantes.

En ocasiones la leva se convertía en una cascada de problemas familiares cuando, por ejemplo, los hombres, para escapar de la guerra, se convertían en desertores, siempre perseguidos bajo amenaza de muerte o, en el mejor de los casos, convertidos en prisioneros en cárceles, a veces lejanas. Pero la leva podía afectar no sólo las vidas familiares, sino la de todo un grupo o una comunidad, como cuando a algún jefe militar se le ocurría llevarse, por ejemplo, a la banda de músicos de un pueblo para que le alegrara la vida en medio de los sinsabores de la guerra.

De allí que una buena proporción de retablos de mediados del siglo pasado y de los años revolucionarios sea de agradecimiento por los que logran escapar o regresar de la cárcel, la leva o el servicio militar, a veces después de muchos años en que las familias habían permanecido rezando y rogando por el ausente.

Por lo regular, este tipo de ex-voto es el clásico de acción de gracias: el personaje al que se le ha hecho el milagro de regresar con vida al hogar, reza arrodillado, con el sombrero en el suelo, frente a la imagen de su devoción en compañía de los familiares que han rogado por él. Abajo, el texto que da cuenta con detalle del hecho "milagroso" del cual se quiere dejar testimonio público.

El retablo de acción de gracias suele ser bastante repetitivo y convencional. La diferencia la suele hacer, por una parte, la calidad del texto, y por otra, la habilidad del pintor. Entre los retablos de mediados del siglo pasado se destacan los realizados al Señor de la Misericordia de Tepatitlán, por un pintor, presumiblemente local, que gustaba de complicar y mejorar la imagen, el atuendo y el mobiliario del entorno del ex-voto. Al parecer, Hermenegildo Bustos que, como se sabe tenía serios problemas con la perspectiva, prefería el retablo más simple de acción de gracias. Por lo pronto, los que se le atribuyen son exclusivamente de este tipo.

Una peculiaridad persistente del retablo

sobre la violencia rural es su carácter femenino. Aunque los salvados sean por lo regular hombres, a lo sumo familias, el ex-voto es invariablemente mandado a hacer y colocado por mujeres: la madre, hermanas, tías y sobrinas son las que aparecen de manera pública como las dolientes e intercesoras del salvado. Esta femineidad se advierte en todos los retablos de este tipo.

El ejército se hacía presente en el campo no sólo para llevarse gente, sino también para hacer justicia, lo que en la práctica de tiempos de guerra significaba la aplicación de la justicia sumaria. Ambos periodos de violencia rural dejaron una buena cantidad de "salvados milagrosamente" del pelotón de fusilamiento o la horca, lo que muestra que tan arbitraria podía ser la muerte como portentoso el perdón.

A los peligros de la leva y el miedo a esa versión de la justicia, se sumaban el temor y la incertidumbre frente a los asaltos y tomas de rancherías, pueblos y pequeñas ciudades. Ni en el ámbito doméstico había escapatoria para las acciones violentas de todos los bandos en pugna. La gráfica suele dar cuenta del desbalance entre la indefensión de los agredidos y la prepotencia de los agresores: las gentes se salvan de "morir acribillados" o de "haber resistido una lluvia de balazos" o sobreviven "después de haber recibido once tiros".

Existía el bandido solitario, que se presentaba de improvisado, bien armado y a caballo, que trataba de asaltar a caminantes solitarios de manera ruda y en descampado. Pero estaban también las gavillas, grupos de bandoleros que actuaban en común, por lo general con algún líder de ámbito regional, que lo mismo asaltaban una casa que un pueblo entero. Finalmente se encontraban las tropas regulares del gobierno y los bandos revolucionarios cuyo comportamiento, visto desde la perspectiva de los salvados, no era muy distinto del de los bandidos y gavilleros.

La violencia social favoreció mucho la hechura de lo que podríamos llamar el retablo "de acción", es decir, donde la gráfica reproduce con esmero la situación de peligro para recons-

truir con fidelidad el momento mismo del milagro. Para hacer este tipo de retablo el pintor pide una descripción de los personajes, el evento, el lugar. Es, por supuesto, el tipo de retablo más escaso porque es el que siempre ha costado más trabajo al pintor y más dinero al agradecido... pero quizá no era para menos: librarse de una andanada de balazos o que en el asalto sólo muriera el caballo era sin duda un "portento" sólo atribuible a la bondad de la imagen invocada y venerada.

Los retablos de acción de mediados del siglo XIX dan cuenta de un entorno físico eminentemente rural: los acontecimientos transcurren entre árboles, magueyes y nopales con un fondo de cerros y lomeríos. La sociedad también es rústica: agresores y agredidos usan sombrero y van armados, las mujeres llevan rebozo y cargan niños; por lo regular aparecen caballos y en ocasiones carretas.

Los retablos de la revolución y sobre todo los de las décadas siguientes empiezan a mostrar los primeros impactos de los medios de comunicación urbanos en la región: poco a poco empiezan a aparecer los trenes, más tarde los camiones donde viajaba el ejército.

Hubo localidades que en ambas épocas fueron escenario de eventos armados donde no se sabía bien a bien quiénes eran los asaltantes. San Juan de los Lagos, dice un ex-voto, fue tomado por los "federales" o por una "gavilla" el 12 de febrero de 1859. Cincuenta años más tarde, en 1920, otro ex-voto relata el accidente que sufrieron allí los pasajeros de un tren que fue descarrilado por los "revolucionarios de uno y otro partido".

Como quiera, la gráfica sobre los agresores da cuenta de la imagen social similar que dejaron en el mundo rural. En el dibujo se les solía distinguir por algunos detalles: el uniforme, las armas, el sombrero y el caballo. Pero sobre todo por la manera en que son calificados en el texto. Los federales aparecen en ambas épocas como representantes del gobierno, encabezados por algún general o coronel. En el otro bando estaban, a mediados del siglo XIX, los liberales y las gavillas y hacia fines de siglo los bandidos y salteadores; más tarde, los revo-

lucionarios que empiezan a ser reconocidos e identificados, aunque muy tardíamente, con alguna de las facciones nacionales en pugna.

La diferencia mayor estriba en la manera en que la población rural se ubica en una época u otra. Los retablos de mediados del siglo XIX dan la impresión de que había alguna participación directa de la población regional en los acontecimientos y que la gente conocía la situación política nacional hasta haber tomado partido con el bando conservador. En 1859, por ejemplo, Lugarda Banegas y su madre se opusieron a seguir al marido de Lugarda que formaba parte de una gavilla que andaba por la región porque ellas eran "sabedoras del partido que traía y que a ellas no les venía ese partido...". Los jefes militares de la época eran conocidos por su nombre: el coronel Antonio Rojas, las fuerzas de Torres, los federales de Ramón Rojas.

Algunos retablos de la leva muestran que además del problema familiar que se suscitaba con la ausencia, existía también un dilema de conciencia personal al tener que ir a luchar por un partido con el cual no se identificaban.

Esta participación y conciencia política de la población no se advierte en el retablo de la revolución. La región se convierte en el escenario de acontecimientos que ideológicamente resultan distantes y cuyas manifestaciones parecen formar parte sólo de una nueva etapa de violencia rural. La identificación de los bandos revolucionarios es tardía y su conocimiento fragmentado. A veces incluso sólo muy individualizado, como el del soldado carrancista que de manera solitaria aparece asaltando y atacando a Blas Plancarte en julio de 1914.

Además de las conocidas razones ideológicas y económicas que explican la escasa participación de los occidentales en la revolución de 1910 habría que añadir que el tren, el insuperable medio de transporte inaugurado por el porfiriato, hacía posible combatir con población movilizada desde diferentes rumbos del país. Los estados del occidente, bien dotados de comunicación ferroviaria, fueron testigos del incesante paso de tropas, desembarcos,

descarrilamientos, asaltos y retiradas, más que de acciones bélicas que demandaran o incluyeran la participación de la población local.

El tren en verdad les ayudó a seguir otro camino para huir de la guerra. La violencia y la pobreza de esos años fue enfrentada y en alguna medida paliada por la migración masculina hacia los Estados Unidos. La migración se convirtió en un nuevo motivo de preocupación y de necesidad de rogar por el ausente. Los que se fueron allá también pasaron hambre y penurias, lo que dio lugar a otra veta de ex-votos, esta vez sí masculinos: los retablos de la migración, que empezaron a aparecer desde la primera década del siglo (Durand y Massey, 1990).

A las penurias de la guerra se sumó la secuela de las enfermedades. La gripe española de 1918 causó estragos en una población debilitada por el hambre y resentida por las privaciones. Familias enteras, como la de los Machuca en Jaral de Berrio, sufrieron pero se recuperaron de esa "terrible peste de la influenza (que asoló) varios puntos de la República".

III

Al parecer, el fin de la revolución no supuso el término de la violencia rural que se continuó ejerciendo en forma de bandoleros que asaltaban pequeñas localidades y desprevenidos viajeros. Poco después, con la guerra cristera, volvieron los rigores de la guerra, el miedo, la inseguridad. Pero con una diferencia fundamental: la población regional dejó de ser espectadora sufriendo de múltiples eventos más o menos cruentes, para transformarse en protagonista de los acontecimientos.

A pesar de la elevada participación de los occidentales en la cristiada, o quizá por eso mismo, no existe propiamente el ex-voto sobre el tema en los años del conflicto. La guerra seguramente transtornó el circuito y calendario de las peregrinaciones y el libre tránsito de los peregrinos. Llevar cargando un ex-voto

para agradecer alguna hazaña militar cristera hubiera sido una temeraria provocación a federales que no andaban del mejor humor.

Pero existe un tipo de ex-voto que se puede identificar con los efectos de la cristiada. En la década de los treinta empiezan a aparecer retablos que tímidamente dan gracias y dan cuenta de algunos impactos presumiblemente atribuibles a la guerra: el haberse librado de una acusación —delación—, el retorno de los que habían sido "prisioneros de los soldados federales", la salvación de un pariente que estuvo "a punto de ser asesinado", de haberse escapado de la condena a "pena de muerte". En otros casos es sólo la gráfica la que da la idea de lo que parecen haber sido enfrentamientos o encuentros con militares: en el texto se menciona escuetamente el agradecimiento y el dibujo muestra personajes armados de uno u otro bando.

IV

Este tipo de retablo y el de algunas manifestaciones de bandidaje en la región persistieron hasta la década de los cuarenta. A partir de ese momento el ex-voto volvió a reflejar e insistir en los viejos problemas de la vida rural: la salud de gentes y animales, las penurias de la agricultura.

Pero poco a poco los retablos empezaron a dar cuenta de los que serían los problemas de los occidentales en las décadas siguientes: las penurias de los braceros en Estados Unidos y de los migrantes a las grandes urbes del país, los accidentes de tránsito en las carreteras y en las calles de las ciudades, los problemas del trabajo y la vida urbana, el surgimiento de nuevas actividades y nuevas razones para estar triste y para dar gracias.

Pero aunque los motivos han cambiado, no cabe duda de que el ex-voto de antes y de ahora, de guerra y de paz, atrae y asombra por una de sus más porfiadas y profundas características: la capacidad y predisposición de la gente para transformar la desgracia en sabios y a veces misteriosos motivos de optimismo.

Referencias

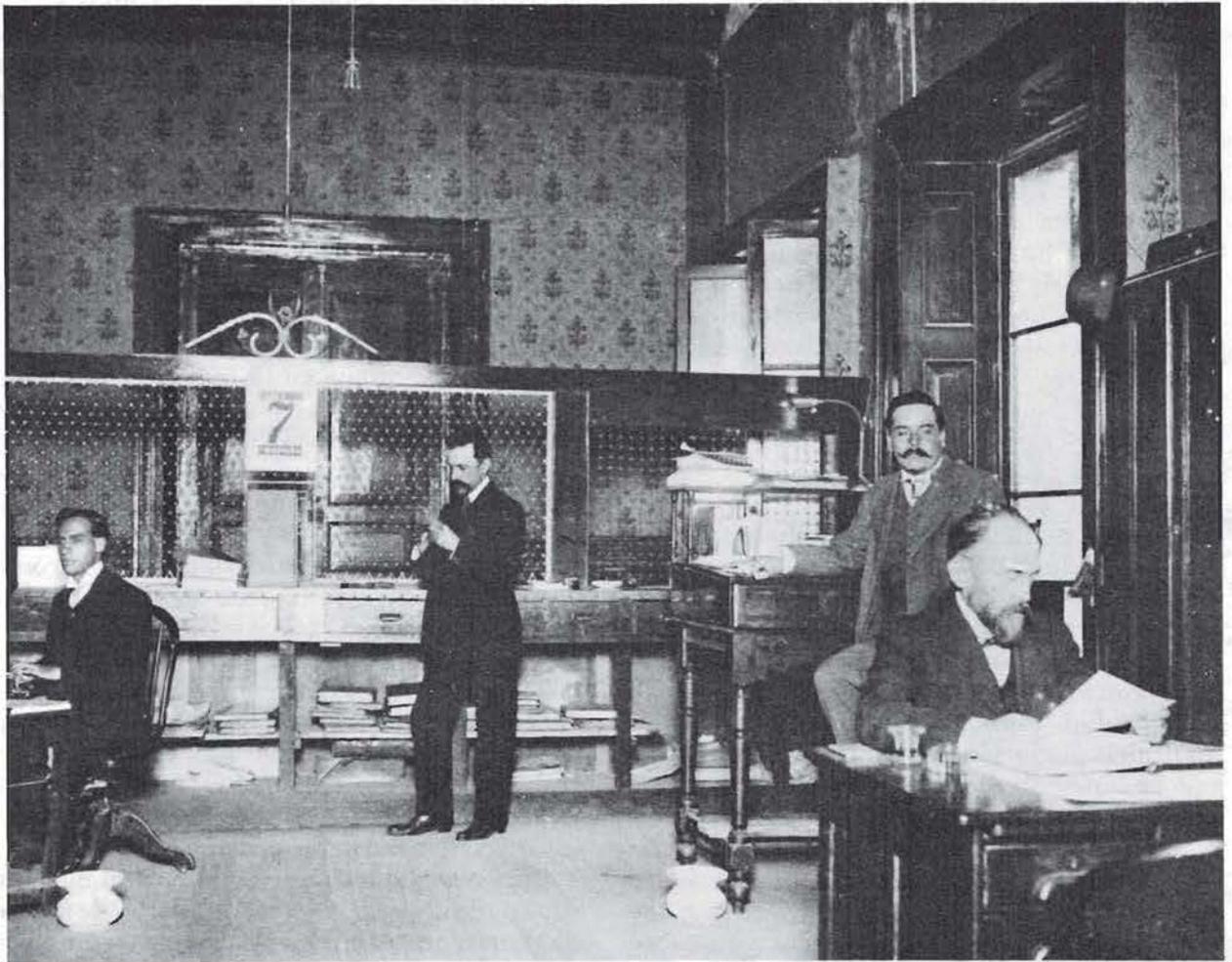
Durand, Jorge y Douglas Massey, *Doy gracias. Iconografía de la migración México-Estados*

Unidos, Guadalajara, Programa de Estudios Jaliscienses, 1990.

Nota

¹ El contenido del texto parece ser una de las principales diferencias entre el retablo español y el mexicano: el primero sólo contiene los datos esenciales del donante

(nombre, fecha, lugar) y, en cambio, el segundo desarrolló un texto más extenso que describe con detalle el suceso milagroso.



De Inglaterra, España, Suecia, Alemania e Italia se trajeron administradores e ingenieros industriales para satisfacer las demandas de mecanización del trabajo. Se les asignaba un sueldo muy elevado y se sufragaban sus gastos de viaje y en ocasiones también los de su familia.